

juego estará ya armado y habrá nuevos jugadores: anoche gané cincuenta onzas y hoy pienso ganar otras tantas.» Se marcharon y yo me acosté y reconcilié muy pronto el sueño. A la una y media vino Sanabria á despertarme y llamarme á comer en uno de los jacales de la plaza. La mesa estaba dispuesta para catorce personas, que era la compañía de Vázquez; todos oficiales jarocho que habian servido en la guerra de la independencia contra los españoles, pero ninguno llevaba la menor insignia. Vestian sencillamente de jarocho y en mangas de camisa, como el coronel Vázquez. No habia manteles, ni servilletas. La mesa era limpia. Sacaron dos cuencos llenos de moniatos, berzas, patatas, tasajo, chorizos, tocino y dos criados fueron llevando de aquella condumia en unas jícaras y platos ordinarios y dando á cada individuo la suya. Teniamos cada uno un cubierto de madera, y principiamos á comer, unos con los cubiertos y otros con los dedos. Luego sacaron grandes duernos de tortillas enchiladas, que picaban que rabiaban, por lo que no pude comer. Las tortillas las sirvieron en las mismas jícaras y platos que habian servido para el cocido. En seguida trajeron sus cochinitillos ó tostones, asados en hornos subterráneos, como se asan en la tierra, con una salsa picante que echan despues que estan asados, que es comida deliciosa: uno de los convidados, armado de un gran cuchillo, fué partiendo los cochinitillos, y los criados distribuyendo en las mismas jícaras y platos, y con un caso echando la salsa. Se siguió un cuarto de venado asado de la misma manera que los tostones, pero con salsa diferente, y dos grandes palanganas de ensalada de lechuga. No habia pan, solo tortillas calientes de maiz. Para postres nos sirvieron grandes platos de arroz con leche, natillas, requesones y cuajado, en platos ordinarios y una racion para cuatro individuos, que la comiamos con las cucharas de palo. Durante la comida, pocos bebieron vino puro, los mas aguado, ó solo agua, en unes búcaros de tierra.

El café le sirvieron con profusión, en jícaras de madera limpia, y licores. Todos los convidados guardaron mucho silencio, porque el jarocho en general es silencioso, grave y muy modesto en su compostura. Esta es la comida campesitre, que nos dió el coronel Vázquez. En ella no hubo la menor descompostura, ni dichos ni palabras mal sonantes. Todos habian sido insurgentes y habian hecho la guerra de la

insurreccion. Ni á uno solo oí proferir la menor espresion malsonante contra los españoles, mientras que á nuestros hijos ó nietos no se les oía mas que groseros insultos hácia sus padres ó progenitores. El Jarocho liene á gloria descender de la sangre española y hace alarde de venir de los conquistadores. Miraban con desden al indio, al mulato y hasta el criollo, que los llamaban sangre revuelta, y los consideran inferiores en todo. El Jarocho es grave hasta en el andar; habla pausadamente y mide sus palabras. No blasfema ni echa juramentos como los demas paisanos. Con su mujer, ni casi habla; mientras come, no se dedica á trabajos mecánicos. En su Jacal ó casa de paja, se figura y cree que está en un palacio, sin embargo de estar desnuda su habitacion. No se vé en ella, mas que un arcon viejo de madera con su llave, donde guarda su ropa y la de su mujer y los cortos intereses que posee: una cama de paja con petates finos, como las esteras de los chinos, dos ó tres bancos de madera, componen todo el ajuar de aquellos campesinos. En el cuartulo principal de entrada tiene las sillas de sus caballos, las bridas y mantas, y sus armas, que consisten en machetes, para su propia defensa ó para rozar las malezas en el monte, ó las Jaras, de donde deriba el nombre de Jarocho.

Cuando el Jarocho está solo en su casa, se le vé sentado en su banquillo de madera, cabizbajo y apoyada su barbilla entre sus dos manos, en ademan de reflexionar, y en esta actitud se está horas enteras. Dos veces al dia monta en su caballo á visitar sus milpas ó maizales y visitar el sitio donde tiene sus ganados, caballar, boyal y cabrio, al cuidado de sus pastores, que generalmente son mulatos: sus mujeres é hijas cuidan de los maizales, cultivándolos con jornaleros indios. En la recoleccion de sus frutos está presente, hasta que todo lo han limpiado de mazorcas, calabazas y judías que las hacen conducir con sus caballerías á las trojes, que están en la parte superior de su Jacal.

Todo jarocho lleva escapulario, generalmente de la Virgen de la Merced, con estampa de seda. Algunos llevan ademas un relicario antiguo redondo ú ovalado de fierro, con una imágen en el interior de la Santa Faz, ó un San Antonio y por el reberso el Jesucristo en cifra de los Jesuitas. Me digeron los Jarocho, que en una rancheria llamada de Jiménez, que distaba cinco leguas, el dueño de ella poseia un relicario

rio antiquísimo de oro, que lo tenía en herencia de sus antepasados, que suponían era perteneciente á un soldado llamado Jimenez que fué compañero, del también soldado Luzero, que fundó la venta que existe cerca de Jalapa, en el camino de México; que dicho soldado Jiménez, se retiró después de la conquista, y fundó la ranchería, que viene en herencia de padres á hijos llamada de *Jiménez*. Por este orden tienen su origen todas las rancherías de tierra caliente, de soldados andaluces que se retiraban del ejército español y se dedicaban á la granjería de la crianza de Ganado, labraban su Jacal por el estilo de los indios, de postes de madera, cañas y paja; y un terreno bastante grande para sus ganados; con demarcaciones de sus mojoneras, y rozaban parte de ellos para la siembra de sus maizales, frijoles, paja y calabaza. Esta es la razón, porque todo jarocho es propietario, de pequeño, mediano ó de gran terreno; y que se conserva en toda su fuerza la raza y habla andaluza. He observado que los jarochos tienen los brazos y las piernas bien formados, y grandes patillas negras; mientras los criollos de tercera ó cuarta generación, tienen los brazos como palillos de tambor, piernas muy endebles y la barba poco poblada. Y la voz del Jarocho es bronca y fuerte, mientras la de los criollos de cuarta generación, es afeminada.

El Jarocho, en general es alto y bien fornido. La arca del pecho y las espaldas anchas.

La raza de la mujer Jarocha, no corresponde á la del hombre. En General las mujeres son de corta talla, y de un moreno muy subido. En lo demás son bastante bien formadas. Cabeza bien erguida, con pelo abundante, negro como el ebano, pulido y algo zerdoso: ojos grandes, rasgados y negros, centellantes, y muchas de cejas cojijuntas, boca pequeña y dientes como piñones de blancos; nariz aguileña, orejas pequeñas y el talle de su cuerpo, como hecho de molde: el pie pequeño, buena pantorrilla y brazos torneados. En fin una mujer linda y airosa. Su mirar es lúbrico, y sus maneras desembueltas. Mas tiran á mulatas, que á blancas, por el color. Esto debe consistir en que frecuentan más el sol, que sus padres y maridos, que las dan un trato así como á esclavas, haciéndolas ir al campo á la caba de los *milpares* y en busca de leña al monte, mientras ellos se están mesiéndose en las hamacas y á la sombra, ó montados á caballo,

paséandose á visitar los maizales ó los atos del ganado, hechos unos caballeros como dicen ellas. Son alegres y comunicativas, cuando están fuera de la presencia de sus padres ó maridos. Su hablar es un zezeo andaluz muy gracioso y son muy espirituales. Tienen más despejo y talento natural que los hombres de su raza, y hablan con más prontitud y desemboltura que ellos. No tienen más diversion ó soslaz, que las incursiones que hacen á los mercados: fuera de este día no salen de sus rancherías.

ESTOS SON LOS JAROCHOS.

A las cuatro de la tarde ví á Sanabria en la plaza y le pregunté por el coronel Vázquez y me dijo que estaba en un Jacal de frente hablando con sus amigos, pero que no jugaba. «Es menester habiar los caballos, le dije á Sanabria, para volvernos á casa» y se marchó á ver á Vázquez que vino con él al instante. En cuanto me vió Vázquez me preguntó «¿Conque se quiere V. volver á Alvarado?» «Si, le digo, el almacén ha quedado solo, y es necesario mirar por la hacienda.» «Pues bien, voy á traer los caballos,» llamó y envió á uno de los asistentes por ellos, que los trajeron y montamos. Me despedí del Coronel y sus amigos hasta la mañana siguiente. Cogimos una senda trillada que había en el monte, y á la hora y media estábamos en Alvarado. Se colocaron en el patio de las Cabras los Caballos y se les echó de comer el zacate y maíz.

El día siguiente remanecieron por Alvarado el coronel Vázquez y sus amigos de regreso del Mercado. Venía muy contento, por haber ganado al monte 150 onzas. Se detubieron casi todo el día en Alvarado, Vázquez comió conmigo, y le hice ver el legítimo Burdeos. Al despedirse para marchar al anoecer á su hacienda ó ranchería de ganado, me pidió un favor, y aquel favor era: que si buenamente podía, le enviase al zambó Remigio Sanabria, á lo menos por una semana á su hacienda, para ver que tal caballista era, como llanero de costa firme, y quería cotejar su habilidad en echar el lazo al ganado vacuno y el juego de las bolas en el enlace de los toros, según las costumbres de su país, que no lo sabían en tierra caliente. Prometí en embiárselo dentro de quince días, porque en aquel momento teníamos que hacer mucho en el almacén, Toda la compañía se marchó alegremente, cada uno á su ranchería.

De esta manera y con el mayor contentamiento viviamos y fué pasando el tiempo, guardando la mayor fraternidad entre Españoles y mejicanos, por lo que hace en el puerto de Alvarado.

Yo obserbé con la lectura de todos los periódicos de Méjico, que no existía la misma fraternidad entre los militares de su ejército, como en los paisanos en general. Los verdaderos heroes de la guerra de la independecia, fueron los guerrilleros, Guerrero, Victoria, Lobato, Bravo y otros caudillos, que pertenecian á la clase mestiza y no de pura sangre Española, es decir, que no eran blancos. Estos mestizos sin embargo mandaban por entonces y era presidente Victoria. Del contrario partido, eran Santa Ana, Barragán, Gómez Pedraza &^a. que todos ellos habian servido y hecho su carrera en el ejército Español, combatiendo en sus filas contra los primeros. Eran militares de linea. Los de la casta blanca ponian en ridiculo á los de la casta mestiza, y se echaban mutuamente en cara los insultos mas groseros en los periódicos de Méjico, Veracruz, y de otras provincias; en una palabra, era la viva imágen de lo que sucedió en España, concluida la Guerra de la independecia, la misma ribalidad entre los guerrilleros y el ejército de linea.

Entre los combatidos por la raza blanca, lo fué con encarnizamiento el coronel Vázquez, sacándole á plaza pública todos los trapos sucios de su vida y milagros, y concluyendo por descarnecer y pintar su ineptitud militar. Los instigadores de tales manifestaciones, eran sin duda bajo cuerda, el comandante general del Estado de Veraeruz Barragán, y el general Santa Ana, que residia en su hacienda de Manga de Clavo, lleno de envidia de que Victoria fuese el presidente de la república, é hinchado de ambicion conspiraba cuanto podia, para substituirle en el mando supremo de la república.

Una buena mañana, se me presentó en mi barracon el coronel Vázquez, casi llorando de lo mal que lo trataban en un periódico. El creyó con fundamento, que los verdaderos autores de aquel artículo, eran Barragán y Santa Ana para obligarle á que se ausentase de tierra caliente, por el ascendiente que sabian tenia sobre los jarochos. Estaba muy acalorado, y en disposicion de hacer cualquiera disparate. Le sosegué, é hice ver, que los dicterios, no eran razones, y que todo me-

jicano sensato, miraria con desprecio los insultos que le dirigian. Por fin me dijo que el obgeto de su venida, no se dirigia mas que á consultar conmigo, caso tan desagradable. Yo le manifesté que no era abogado, y que sólo ellos se ocupaban en escribir periódicos y que de ellos debia aconsejarse. «No imparto, yo sé que V. sabe escribir mejor que ellos; y por lo mismo le suplico encarecidamente me ponga la contestacion»; y tanto y tanto me rogó, que al fin me ablandó, y le dije: «Vázquez yo soy Español y emigrado, y no quiero de manera alguna mezclarme en cuestiones particulares y politicas de los mejicanos, pero visto el estado de intranquilidad en que viene V., le pondré la respuesta, con dignidad y sin valerme de dicterios. Siéntese V. y sosiéguese y déjeme V. escribir.» Y se marchó á la Plaza. El artículo que me trajo, tenia tres columnas: la contestacion, que puse, no tenia una: escrita con dignidad, sencillez y pureza. Volvió Vázquez á mi jacal ó almacén, se la lehi, y me puso la objeccion, que era muy chiquita la contestacion, y que á los insultos y personalidades de sus enemigos, los dejaba sin respuesta, poniendo otros mayores. En una palabra no le gustó mi artículo. Le aconsejé que le hiciese imprimir en un papel suelto y que se encargase alguno de sus amigos de su distribucion; y sobre todo que no digese á nadie que yó habia escrito el artículo.

El Coronel Vázquez, se marchó en seguida á verse con los coroneles hermanos Portilla, que pasaban en aquel pais por militares instruidos y de saber mucho en politica. Leyeron primero el impreso de insultos, y en seguida la contestacion manuscrita, llena de moderacion, razonada y al mismo tiempo que muy enérgica. Les gustó infinito á ambos hermanos, y fueron de opinion de que inmediatamente se diera á la prensa.

Era preciso ir á imprimirlo á Jalapa, porque las imprentas de Veracruz estaban abandonadas, y sin uso, con motivo del asedio del Castillo de San Juan de Ulua. Yo tenia noticia de que existia en Alvarado una imprenta nueva y empaquetada, recién traída de los Estados Unidos, destinada para un periódico que se iba á fundar en aquel puerto, y que el encargado de ella, era un Español emigrado de la Habana, llamado D. Tiburcio Campe, natural de Cadiz, insigne impresor y antiguo periodista. Campe, me debia muchos favores,

por géneros que le habia prestado para venderlos él en aquel pueblo.

Pase á verle á su jacal, que por cierto era grande. Le encontré en la maniobra del desempaquete de la imprenta y colocacion de las Cajas de letras en los andenes de carpinteria, que ya estaban trabajados y casi del todo concluidos. Campe, era sugeto muy fino. Le dige el objeto de mi visita, é inmediatamente se ofreció á servirme, pero que la obra aunque corta, no podia estar concluida, sino á los ocho dias, por tener que armar una prensa chiquita, componer la tinta y comprar papel aparente. Me conformé en esperar los ocho dias. Le pregunté lo que llevaria por cuatro mil ejemplares de buena impresion y buen papel. Calculó y me preguntó si la obra era mia ó agena. Dígele que era del Coronel Vázquez: en ese caso no puedo hacer ese trabajo por menos de cien pesos, por sér la primera obra que se tiraria en aquella imprenta y que todas las primeras tiradas en imprenta y prensa nueva, son engorrosas. Quedé conforme, y me fui á ver á Vázquez que le encontré á la puerta de mi almacén. En cuanto me vió, me dijo que se disponia á marchar á Jalapa, en compañía de Portilla el mayor, á imprimir su artículo: que cuantos habian leído el manuscrito, les habia gustado. «Suspéndame V. el viaje, que yo lo tengo todo arreglado y se imprimirá en el misino Alvarado, en una imprenta nueva que ha recibido un amigo mio, grande impresor.» «¡Que me dice V. amigo mio! ¡Una imprenta en Alvarado!» «Sí, le dige, y pronto tendremos un periódico: al dueño de la imprenta, que es un amigo mio, le he encontrado desempaquetando los cajones, y arreglando las Cajas. Le he hablado sobre el particular, y me ha dicho que la obra estará concluida, impresa en ecselente papel, seca y empaquetada, dentro de ocho dias, porque necesita todo ese tiempo para poder arreglar los cajones de letras, armar la prensa y todos los chismes de una imprenta. Le costará á V. la funcion cien pesos.» «Estoy corriente, los daré inmediatamente.» me respondió el coronel Vázquez. «En ese caso, le dige, vamos al Jacal de mi amigo.» Llegamos, y exclamó Vázquez, «toma, éste és el teatro de Alvarado; y el señor, señalando yo á Campe, es el Director y primer galan de la Compañía, y el mejor impresor hoy de la república mejicana.» Examinó todo lo desempaquetado y lo que estaba empaquetado. «Haber el manuscrito, me dijo Campe.» Lo leyó

y nos dijo, «mañana en todo el dia estará compuesto el molde pero para tirarse se necesitan lo menos seis dias, porque hay que armar la prensa, comprar y preparar el papel aparente, y componer la tinta.» «Entónces, dijo Vázquez, active V. lo posible, porque me urge mucho que lo vean impreso mis amigos: en lugar de los cien pesos, le daré doscientos.» Y salimos del teatro imprenta y Vázquez admirado de aquel descubrimiento, que fué á poner en noticia de los Portillas.

Pasaron seis dias, y el septimo por la mañana me encontré con Campe en mi Jacal, que habia venido con un mozo á traerme la obra concluida, impresa en hermosos caracteres ingleses, y sin falta ninguna. Le entregué los doscientos pesos, que lo agradeció mucho, porque me aseguro que estaba muy escaso de cuartos.

A Vázquez que estaba en su rancho, le escribí una esquila participándole que la obra estaba concluida, y para muestra le remitía diez egemplares, que pudiera darlos á los rancheros sus amigos. Que el paquete de cuatro mil egemplares lo tenia en mi poder y á su disposicion, habiendo pagado á D. Tiburcio Campe, el costo convenido. La esquila se la envié con un rancho que tenia su jacal cerca de su hacienda.

El Coronel Vázquez no se hizo esperar; al anochecer lo tube en mi jacal; venia lleno de alegría. «Estoy muy contento de la obra. Mañana, los Portillas y otros amigos, se ocuparán en repartirlo á los amigos; enviando egemplares á Veracruz, Jalapa y Méjico y por el correo remitiré egemplares al Presidente de la república, á Guerrero, (sic) Lobato y todos los generales mis amigos, y á los periódicos de Méjico, Jalapa y Puebla, Oajaca, Valladolid, Guadalajara y demas.» «Tiene V. con los cuatro mil egemplares para inundar la república,» le dije.

«Vamos ahora, esta noche se queda V. en mi jacal; haré que traigan un catre y se dispondrá la cena.» «Corriente me dijo.» Llamé á Sanabria, le dije que encargase á las patronas una buena cena de Pollos con tomate, jamon frito y huevos estrellados y algun pescado, con algunas tortillas enchiladas, y que de paso buscase un catre en que pudiera acostarse el Coronel.

Vázquez me dijo, «estoy impaciente porque vean y lean mis amigos ese impreso. Saque V. como cien egemplares para llevárselos á los Portillas.» Se los entregué y echó á andar co-

mo un loco por todo Alvarado, que parecia un limbo por la oscuridad que habia, que no se veian mas luces que las de los Jacales. Le encargué á Vázquez que no faltase en venir á las diez en punto á cenar, y me prometió no faltaria.

Serian las nueve y cuarto, cuando volvió Vázquez con los dos hermanos Portillas. Se sentaron á la puerta del Jacal, que corria una brisa sumamente fresca y agradable. Los cien ejemplares que llevó, se habian distribuido y en todo Alvarado se leia aquella noche el papel suelto de Vázquez.

A las diez y media, Sanabria vino á avisarnos que la cena estaba servida. Fuimos los cuatro. Los Portillas digeron que habian cenado. Nos sentamos Vázquez y yo á la mesa, y las patronas nos sirvieron una cena esplendida, y los hermanos Portillas tomaron postres y se bevieron dos copas cada uno del vino exquisito de Burdeos.

Serian las doce de la noche cuando nos retiramos, cada uno para su rancho. Entré en el mio y se trató de armar el catre, entre las cajas de vino de Burdeos, pero el Coronel Vázquez, se opuso diciendo que él estaba acostumbrado á dormir al sereno, que él queria que se le armara el catre á la entrada del Jacal al lado del de Sanabria, y asi hubo que hacerlo para contentarlo. Nos dimos las buenas noches, se apagaron las luces y nos entregamos al sueño.

Apenas amaneció se levantó Sanabria y corrió al Jacal de la comida, é hizo que la patrona ó su criada, hiciese una gran gicara del chocolate del que yó habia comprado dos dias antes en el mercado del monte, y con muchos bizcochos, se lo llevó al coronel Vázquez, que sabia Sanabria que al coronel le gustaba tomar una gicara en la Cama, y en seguida ververse un gran vaso de leche de cabra recién ordeñada, y fumar su cigarro. Sanabria como un buen llanero, llevó la cabra al pie de la Cama del Coronel, y despues que hubo tomado el chocolate, ordeñó un gran vaso de leche y se la ofreció y bebió, haciendo elogios de lo esquisita que era. Serian las cuatro y media de la mañana, se volvió á echar el coronel del otro lado, fumó y se quedó dormido. A las cinco me levanté yo, y segun mi costumbre me fuí de paseo hacia el rio, donde no habia sino marineros y cargadores, porque la gente decente no se lebantaba hasta las siete ó las ocho.

Dado mi paseo á todo lo largo de aquel hermoso rio, volví á casa ó al jacal á las siete. El Coronel Vázquez se acaba-

ba de levantar, y Sanabria, recogió los catres, barrió el jacal y aseó todas las inmediaciones.

Vinieron los hermanos Portillas, á saber como habia pasado la noche el coronel, y decirle que al medio dia se hacia á la vela un pequeño pailebot americano para la antigua, y se lo avisaba por si queria ir él al campamento de Veracruz, y distribuir á sus amigos algunos ejemplares de su papel. El Coronel le contestó, que á donde pensaba dirigirse él, era á Jalapa, para desde allí hacer la distribucion para toda la república. «Bien pensado, dijo el coronel Portilla mayor, y le acompañaré á V. á esta espedicion, y mi hermano marchará en el Pailebot á la antigua á distribuir ciento cincuenta ejemplares á los amigos que tiene V. en aquella reunion de tropas.»

Los dos hermanos, Coroneles Portilla, me hicieron mil agasajos por el aprecio que principiò á manifestarme y distinguirme el coronel Vázquez; y ellos por su parte protestaron que me apreciaban mucho, ofreciéndose en cuanto pudiesen servirme. Me confesaron, que ambos coroneles pertenecian á la masoneria del rito Escoses, en la que estaban inscritas, las mayores y primeras notabilidades de la república, y que en México tenia la Sociedad el mejor y mas ilustrado periodico que se publicaba en el Pais, titulado *El Sol*, escrito por los abogados y mayores publicistas que se conocian. Que este partido, que era conocido por el *moderado*, contaba en sus filas con el alto clero. Que en contraposicion á él, los protestantes de los Estados Unidos, de acuerdo con su gobierno, habian formado otra masoneria del rito de York. El que lo habia formado y organizado era Mr. Poinsette, el representante en Méjico de la república de los Estados Unidos del Norte; reuniendo en esta masonería á los hombres exaltados y perdidos de la república, los mayores enemigos del partido moderado, del clero y los españoles que vivian pacíficamente en el territorio de la federación, promoviendo con su riqueza las artes, la agricultura y el comercio de Méjico. Habian fundado en la capital de Méjico dos periódicos titulados el *Federal* y el *Aguila*, cuyos directores eran el guatemalteco Zabala, agente secreto de los Yaankuis (*sic*) y del otro un mejicano.

Prevehian que de semejante lucha, iba á surgir la mayor division y ruina del Pais. El fin á que se dirigian todos los

esfuerzos secretos de Poinssette, era á sentar solidamente el esclusivo predominio en Méjico, del gobierno y pueblo de la america del norte; y escluir de su territorio la influencia de la raza Europea.

El Coronel Vázquez, antes de su partida para Jalapa, quiso regalarme un buen caballo, para que me pasease en las inmediaciones de Alvarado, pero me negué absolutamente á admitirle. Me previno que si en su ausencia habia alguna zaragata contra los españoles, ó amago de ella (que no era de temer entónces) acompañado de Sanabria, fuese inmediatamente á su rancheria, donde estaria seguro.

Almorzaron conmigo y se marcharon Vázquez y Portilla mayor, para Jalapa, llevándose el paquete de impresos; y el hermano menor, se embarcó para la antigua.

La venta de vino Burdeos, iba con mucha lentitud, y acordamos mi primo Berroa y Troncoso realizar una expedicion á Cordova, Orizaba y pueblos de su inmediacion, con una ancheta de géneros de sederia, que habiamos traído de Francia y algunos de china que traía Troncoso. Yo empleé por mi parte tres mil pesos en el martillo, en géneros aparentes y de facil salida en el pueblo.

En aquellos momentos apareció en Alvarado, el Español Dn. Ramon Ceruti, emigrado Español, en compañía de Dn. N. Castillo * jóven mejicano educado en Inglaterra, y ambos en compañía, llebaban el plan de fundar el periodico *El Mercurio*, limitado por entónces, á tratar de negocios mercantiles. Me consultaron, y les desengañé y les díge que era mal negocio en aquellas circunstancias. Que la poblacion española, que era la comerciante, era escasa en número, y que las subscripciones que diesen no podian sufragar los gastos de la impresion. El mayor número de los comerciantes, se componia de ingleses, alemanes, italianos y americanos del Norte; que pocos entendian español y escasamente tendrian veinte subscriptores de ellos. Se empeñaron y fundaron el periodico, y lo fundaron.

Dispuse mi viaje, y mis fardos de mercancías, ajustamos con un arriero el transporte de todo, por una cantidad alza-

* En la Correspondencia de España del Domingo 17 de Marzo de 1867, leo el suelto siguiente: "Ha llegado á Bilbao donde se ha detenido dos dias el Sr. Castillo, ministro de Estado del Emperador de Méjico." Este Castillo debe de ser el mismo redactor del Mercurio, periódico que se escribía en Veracruz, cuyo director era el español Dn. Ramon Ceruti.

da, dejando el almacen de vino á cargo de mi primo Berroa. Sanabria alquiló dos caballos y salimos de Alvarado para Orizaba. Caminamos ocho dias, por territorio de tierra caliente y por montes tragosos, llenos de charcos y marchando por sendas miserables, cruzificados por nubes de mosquitos de todas clases, que al segundo dia, nos pusieron desfigurados, hechos unos monstruos: comiamos y haciamos noche en miserables rancherias, donde nos llenamos de pulgas, niguas y garrapatas; y con otros mil trabajos, llegamos á la ciudad de Cordova. La primera diligencia que hicimos fué curarnos. Habia en aquella poblacion un honrado vasco-navarro apellidado Alzugaray, de una mediana fortuna, que se habia dedicado á la plantacion de un cafetal, porque el terreno colorado que poseia, era muy aparente para aquella planta.

Casualmente tropecé con él en la posada á que fuimos: estaba en el portal y nos vió entrar y apearse y por mi fisonomia infirió que yo debia ser español. Me saludó con afavilidad, y me preguntó desde luego que si era español y le contesté que sí. Por el acento conocí, que él era vascongado, y en este idioma le pregunté: *¿Ettá zú mongua zará?* ¿Y usted de donde es? Inmediatamente se arrojó en mis brazos y me estrechó mucho. Me dijo que era de Goyzueta; pues yo soy de Yrun, y todo esto en Vasconce. Yo iba inchado, hecho un monstruo, y dejando á Sanabria el caballo, entré en una piezeta que habia á la derecha del portal.

Alzugaray entró conmigo en aquella habitacion, y le espliqué mi procedencia y que era sobrino Carnal de Dn. Pedro Pascual de Ibarгойen, comerciante de Méjico, que estaba en la actualidad «en Burdeos, y que sus corresponsales y depositarios de sus intereses en Veracruz y Alvarado eran los Troncosos.» ¡Qué me dice V.! Ibarгойen, es mi paisano y amigo, le he conocido y tratado en Méjico, ahora hace catorce años, cuando me retiré á Cordova á dedicarme á la agricultura, y á los Troncosos les he conocido mucho en Veracruz, á donde voy cada dos años.

«En esta posada estará V. muy mal, porque no se hospedan mas que arrieros, tendré la mayor complacencia en que V. acepte mi casa, donde le cuidará mi familia.» Le di las gracias, y le díge que no podia aceptar su oferta, porque traía en mi compañía un criado honorario que le estimaba como